

## DOCUMENTOS



## **La *Oratio Athenagorica* (1951) de don Antonio Gómez Robledo**

IGNACIO OSORIO ROMERO

Don Antonio Gómez Robledo (1909) es uno de los más importantes humanistas del México moderno; su sabio discurrir por los campos de la filosofía y del derecho está intensamente iluminado por el conocimiento profundo y cabal de la antigüedad grecolatina. Pero su saber es, también, un saber comprometido con su personal concepción del mundo en la que compagina a Santo Tomás con Aristóteles. Nada nuevo digo, puesto que él lo ostenta abiertamente, si afirmo que don Antonio Gómez Robledo se afilia a la importante tradición mexicana del humanismo cristiano.

Pero don Antonio se diferencia de una parte de esta corriente —quizá sus mejores representantes sean Joaquín Arcadio Pagaza, Ignacio Montes de Oca y Federico Escobedo—, a la que podríamos llamar el humanismo eclesiástico o humanismo eclesiástico-literario. Ellos conocieron la lengua del Lacio o de Grecia y trasladaron brillantemente a la lengua castellana algunos de sus poetas; conocían, sin embargo, poco de la historia, del arte y de la cultura grecolatina. Don Antonio, por el contrario, convencido de la necesidad de comprender el pasado, es un profundo conocedor del pensamiento grecolatino y sus libros sobre Aristóteles y Platón, entre otros, son una clara muestra de ello.

Ahora presentamos la *Oratio Athenagorica* que publicaron las prensas de la Universidad Nacional de México en 1951. En ese año la Universidad, recuperando en espléndida síntesis la tradición intelectual del pueblo mexicano, incorporó a su historia la de la Real y Pontificia Universidad de México. Al hacerlo, la Universidad Nacional pretendió reconocer, como parte de un todo combatiente y dialéctico, a las diversas etapas de la formación del pueblo mexicano. En esta perspectiva, la Universidad celebró en 1951 los cuatrocientos años de la promulgación del edicto de su fundación. Acorde también con la mejor tradición humanística,

planteó como uno de sus actos centrales la celebración del *initium* o discurso inaugural.

El rector Luis Garrido eligió para pronunciarlo a don Antonio Gómez Robledo; sin duda que el elegido debió sentir en su torno la presencia de aquel célebre humanista, uno de los mejores que a las nuevas tierras llegaron, don Francisco Cervantes de Salazar, editor de Luis Vives en el Nuevo Mundo, y el que pronunció el *initium* con que en 1553 la Real y Pontificia Universidad de México abrió sus puertas e inició la formación de la cultura criolla.

Don Antonio tituló a su discurso *Oratio Athenagorica*; en su latín elegante recupera la intención de la vieja universidad, fundada para los naturales y para los hijos de los españoles; en el más puro espíritu vasconcelista, don Antonio propone que la Universidad Nacional debe hacer suya la intención de su antecesora, pero actualizarla, transformada ahora en una sólida vocación hispanoamericana.

Quienes nos afanamos por recuperar e incorporar críticamente la producción mexicana escrita en neolatín, no podemos pasar por alto los valores literarios del presente. Por esta razón y por su calidad literaria presentamos aquí, en homenaje a los 80 años de don Antonio Gómez Robledo, su *Oratio Athenagorica*, tal como apareció en 1951; es decir, en el original latino y en su traducción castellana. Con ello no sólo rendimos tributo al humanista sino también cumplimos con el versículo *Colligite quae superaverunt, ne pereant*.

A N T O N I O   G Ó M E Z   R O B L E D O

# ORATIO ATHENAGORICA

IN LAUDEM MEXICANAE UNIVERSITATIS, QUARTO  
VERTENTE SAECULO AB IPSA CONDITA, IN URBE  
MEXICO HABITA DIE 21 SEPTEMBRIS ANNI 1951

Imprenta Universitaria

México, 1951

Cum omnibus fere diebus cotidiana scholasticae exercitationis nostrae alta mentis acie huius Universitatis imago fixa esset, tum vel maxime id mihi contigit adventante hoc clarissimo festo saeculari quo ille memorabilis dies celebrandus erat in quo Carolus Quintus Caesar hanc magnam studiorum domum creandam ditandamque decrevit. Honos quidem magnus fuit Novae Hispaniae eritque semper Mexicanae nationi illa felicissima electio, eodem paene tempore habita quo idem Augustus Universitatem peruvianam Sancti Marci constituendam censuerat.

Et quamvis ipso in limine paululum aberrare videatur oratio, velim tamen dederitis veniam mihi ut vobis in memoriam adducam quod brevi tempore intermisso, cura et providentia Novae Hispaniae proregis et ipsorum urbis civium, illud imperiale decretum in executionem venit, quod factum iustum titulum nobis attulit quo Universitatem hanc primam simpliciter inter omnes alias huius novi orbis americani merito appellare possimus.

At vero si aliter vobis, amici peruviani, fortasse videbitur, in mentem revocate illud vetus effatum quod ego per paraphrasim dixerim: Amicum Peruvium, sed magis amica veritas. Ceterum tota haec disputatio de temporali primatu inter has duas illustres Universitates academica quaedam disceptatio inter platonicos et aristotelicos videretur, quorum illi ad ideam archetypicam, hi vero ad actum positivum magis attendunt. Nos autem, qui cum Aristotele sentimus, qui cum illo profiteamur "ens simpliciter dictum esse ens in actu", nullum dubium habemus quoad primatum nostrae Universitatis, quae ante omnes huius Americae studiorum superiorum coetus in tota novi mundi extensione instaurata fuit. Glorietur sane Universitas soror Sancti Marci de pristino statu in augustae mentis imperiali consilio vel etiam in litteris regiae sche-

Aunque casi todos los días, y con ocasión del ejercicio de nuestras habituales disciplinas, está la imagen de la Universidad fija en lo más profundo de la mente, acontecióme esto sobre todo al acercarse esta clarísima festividad centenaria en que habíamos de celebrar aquel día memorable en que el Emperador Carlos Quinto determinó crear y enriquecer esta grande Casa de Estudios. Gran honor fue por cierto para la Nueva España, y lo será por siempre para la nación mexicana, aquella elección felicísima, hecha casi al mismo tiempo que el Emperador acordó igualmente erigir en el Perú la Universidad de San Marcos.

Y por más que en su mismo umbral parezca apartarse un poco mi discurso de su propósito, querría con todo recordaros, contando con vuestra venia, cómo poco tiempo después, gracias al cuidado y diligencia del Virrey y de los mismos habitantes de la capital de Nueva España, recibió su ejecución el imperial decreto, dándonos así con este hecho un justo título para que con toda razón podamos llamar a esta Universidad primera, sin otra calificación, entre todas las otras del nuevo mundo americano.

Si otra cosa, empero, pareciere a vosotros, amigos del Perú, recordad, si os place, aquel viejo proloquio, parafraseando cuyos términos podría yo decir que con sernos el Perú tan querido, lo es aún más la verdad. Por lo demás, se me antoja que toda esta querrela entre las dos ilustres Universidades por el primado temporal, no pasa acaso de ser una discusión académica entre platónicos y aristotélicos, de los cuales aquéllos atienden más a la idea arquetípica, al paso que estotros al acto positivo. En lo que ve a nosotros, adictos a Aristóteles, y que con él declaramos que "el ser sin otra modificación es el ser en acto", ninguna duda puede cabernos sobre el primado de nuestra Universidad, inaugurada antes que todo otro centro de estudios superiores en toda la extensión del Nuevo Mundo. Gloriése enhorabuena la hermana Universidad de San Marcos de haber estado la primera en el acuerdo de la mente imperial o aun si se quiere en la letra de las cédulas reales, que nosotros nos gloriaremos con razón de haber sido abier-

dulae; nos autem merito gloriamur de prima instauratione Academiae nostrae in aprico loco, sub fulgore actus, in petra et in voce, in conventu visibili illorum clarissimorum magistrorum qui constantia virtuteque sese ad opus accinxerunt. Non enim de idea mentis nec de decreto voluntatis, sed de re agitur, id est de laboribus inceptis, qua quidem re priores sumus.

Vocatus ergo hodie ad faciendum praeconium de hac Universitate tot saeculis aucta et illustrata, tantum abest ut me ad dicendum de tanta re idoneum putem, ut venian vestram vix sperare audeam. Quae ergo causa est quod, hac verecundia relicta, ante conspectum vestrum adesse malui ad hoc difficillimum munus obeundum? Cur, hoc cuicumque formidandum onus, subire constitui? Unum tantum ad hanc temeritatem cohonestandam mihi afferre liceat, quod praeprimis huic Universitati religatus sum, huius vitae consuetudini addictus, quanquam in dissitis regionibus iam multos annos meae aetatis consumpserim in conservanda extra Mexicanos fines et augenda auctoritate reipublicae. Ubique tamen et semper, inter aerumnas exsilii, omnium vestrorum memor fidelissimus exstiti imprimisque huius iucundissimae domus ubi perpetuo vitam animo dego, quamque non ore tantum, sed imo corde Almam Matrem appellare suesco, quoniam ab illa, post parentes et primos praeceptores meos, hunc cursum vitalem et didici et coepi in indaganda veritate, in diligenda iustitia, in perfruenda pulchritudine, quibus nihil est altius nec praestabilius. Itaque nostri ornatissimi Rectoris Ludovici Garrido appellationem nullo modo reiciendam putavi, immo potius urbem adire ut laetitiae vestrae interesse possim, tanquam officium inexcusabile iudicavi. Spero, in hoc munere feliciter adimplendo, omnes defectus meos in laudatione nostrae Universitatis aliquantulum ab afflatu meae dilectionis erga ipsam vinci vel saltem mitigari posse.

Laudibus igitur afficere volens hanc Universitatem, et impossibile iudicans rerum omnium in ea gestarum memoriam oratione amplecti, officio meo et intra vires meas fungi videbor si ideam Universitatis, non solum in genere, sed in hac concretione his-

ta nuestra Universidad, antes que todas, a la luz del sol, en el fulgor del acto, en la concreción de la piedra y del verbo, en la asociación visible de aquellos clarísimos maestros que con esforzada constancia se entregaron a su faena. No se trata, en suma, de la idea de la mente ni del decreto de la voluntad, sino de la cosa misma, o sea de la iniciación de los trabajos, en lo cual y por lo cual somos sin duda los primeros.

Llamado pues en este día para pronunciar la loa de esta Universidad, que ha tenido tanto acrecentamiento y lustre en la sucesión de los siglos, estoy tan lejos de juzgarme idóneo para hablar de tan alto tema, que apenas si me atrevo a esperar vuestra indulgencia. ¿Cuál es entonces la causa de que, dando de mano a este sentimiento de pudor, haya optado por parecer en vuestra presencia para hacer frente a este empeño por extremo difícil? ¿Por qué decidí echar sobre mí este peso para cualquiera temeroso? Una cosa tan sólo puedo aducir en mi favor para justificar tamaña temeridad, y consiste en los vínculos en absoluto preferentes que me ligan a esta Universidad, a cuyo estilo de vida he estado siempre adicto, a despecho de los muchos años que he pasado en el extranjero con el fin de defender y fomentar el prestigio de la República más allá de nuestras fronteras. Mas dondequiera y siempre, en medio de los quebrantos del destierro, he guardado fielmente el recuerdo de todos vosotros y más en especial el de esta gratísima Casa que es mi permanente domicilio espiritual, y a la cual no sólo de palabra, sino de lo íntimo del corazón acostumbro llamar "Alma Mater", como quiera que de ella, después de mis padres y primeros maestros, aprendí y tomé este tenor de vida que se emplea en la investigación de la verdad, en el amor de la justicia, en el goce de la belleza, cosas todas a las que ninguna otra puede exceder en alteza ni excelencia. Así pues, no creí que por motivo alguno pudiera rechazar la invitación de nuestro ilustre Rector el doctor Luis Garrido, antes bien estimé como un deber inexcusable el venir a esta capital a tomar parte en vuestra alegría común. Pueda mi amor por la Universidad ayudarme a desempeñar airosamente mi cometido, mitigando, si no superando, los defectos de mi oración en su alabanza.

Queriendo pues hacer el panegírico de la Universidad, y teniendo por imposible encerrar en los límites de este discurso la historia de sus grandes hechos, paréceme que, de acuerdo con mi capacidad, cumpliré con mi deber si con vosotros examino atentamente la idea de la Universidad, no sólo en general, sino en

torica, apprime inspexerimus, sub specie aeternitatis et sub specie temporalitatis simul considerata, ita ut oratio haec non inane obsequium, sed renovatio vitalis illius primi existentialis actus esse videatur.

Quanquam amoti in aevo a nostris clarissimis conditoribus, multa et fere omnia nobis sunt cum illis communia: aedes universitariae, porticus, aulae, deambulacra, viae, in hac iam olim pulcherrima urbe tam prona ad operationem intellectus propter tenuitatem aeris et amoenitatem situs, in cuius conspectu aeterna nix cum viriditate coniuncta sensum pascit iucundissime ad contemplandum. Perennitate simul ac veritate amplissime adhuc gaudet illud quondam a Landivare dictum:

“Mexicus ampla frequensque viris opibusque superba.”

Nobis praeterea sunt cum illis communia multo plurima quae ego enumerare valeo in ordine proprie humano et, sit venia verbo, culturali: eadem gens, modo nunc libera et omni alieno vinculo soluta, cum iisdem habitibus in mente et in corde, idemque officium principale in hoc scilicet constitutum ut litterae, humanitas, sufficientia cultus et victus, optima valetudo, et caetera omnia quae ad conservationem et dignitatem vitae pertinent, pervenire possint non solum ad nos, verum etiam ad eos qui adhuc in tenebris sunt, ad eos qui etiam in praesentiarum adeoque presse ab ignorantia, fame aegritudineque flagellantur.

Eodem sermone hodie utimur quo maiores nostri usi sunt quotannis in instauratione studiorum et cotidie in maioribus necnon minoribus disciplinis tradendis. Eo utimur hodie in obsequium huius linguae latinae, per quam acervus ille cognitionum ac humanitatis, quem culturam graecolatina appellarem, in Romanicos populos Indiarumque gentes, immo vero universum orbem occidentalem migravit ut unum corpus politicum, iuridicum, religiosum efficeret. Haec enim lingua, quamvis aliis cedere possit vel subtilitate vel facilitate vel copia verborum, longe tamen omnes antecellit eximia formae claritate integraque brevitate, quibus dotibus et nexus idoneus inter homines et vehiculum aptissimum cogitationis evenit. Haec est lingua rationis et iuris, qua nempe

esta su concreción histórica, simultáneamente en su aspecto perenne y en su temporalidad, a fin de que esta oración no parezca un homenaje vano, sino una renovación viviente de aquel primer acto existencial de nuestra institución.

Aunque distantes en el tiempo de nuestros clarísimos fundadores, muchas cosas, la mayor parte, nos son comunes con ellos: edificios, pórticos, aulas, claustros, calles, en esta misma ciudad tan hermosa ya entonces y tan propicia a la actividad intelectual en razón de la sutileza del aire y de la amenidad del sitio, en cuyo horizonte el níveo resplandor indeficiente, engastado en verdor, es apacible alimento del sentido y dispone a la contemplación. De imperecedera verdad es aún hoy el verso de Landívar:

*“México, de sus varones y de sus riquezas ufana.”*

Muchas más cosas, empero, más de las que podría enumerar, nos son comunes con aquellos precursores nuestros en el orden específicamente humano y cultural. Es la misma nación, sólo que ahora independiente y libre de todo ajeno yugo, con iguales hábitos intelectuales y sentimentales, y cuyo primer deber (como para los universitarios de entonces) consiste en que todos los bienes que atañen a la conservación y dignidad de la vida: instrucción, cultura, sustento, vestido, salud, sean accesibles no sólo a nosotros, sino a todos aquellos que aún están, con respecto a esos bienes, en tinieblas, y padecen tan gravemente el flagelo de la ignorancia, del hambre y de la enfermedad.

Nos servimos hoy, además, del mismo idioma usado por nuestros mayores cada año en la inauguración de los cursos y cada día en la enseñanza de las diversas disciplinas, así en las avanzadas como aun en las incipientes. Nos servimos de él en homenaje a esta lengua latina, que fue el conducto por el cual todo aquel acervo de conocimientos y valores que constituye la cultura grecolatina, emigró a todos los pueblos del Occidente y después a los de estas Indias Occidentales para hacer de todos ellos un solo cuerpo político, jurídico y religioso. Esa lengua, en efecto, por más que pueda ser inferior a otras en sutileza o flexibilidad o riqueza verbal, aventaja con mucho a todas en su sobresaliente claridad formal y en su comprensiva brevedad, merced a cuyas dotes ha resultado ser un vínculo apropiado entre los hombres y el más apto vehículo para la trasmisión del pensamiento. Es ella la lengua de la razón y del derecho; y al usarla en esta so-

pro solemnitate utimur ut ratio et ius tanquam ideae fingentes communitatem nostram confirmari videantur.

Vereor insuper ne forte quaedam scholastica vocabula, a puritate ciceroniana discrepantia, delicatas aliquorum vestrorum aures obtundere possint. Attamen ea usurpare necessarium duxi, quippe quod essentiam et munus Universitatis, prout hodiernis temporibus evolvitur, quam fidelissime vobis tradere amavi. Quam ob rem velim non solum insipientiae ignoscatis meae, sed rationem etiam habeatis purioris linguae latinae inopiae a maximis eius scriptoribus agnitae, quorum in primis Lucretius, huiusce licentiae praestantissimus auctor:

“Multa novis verbis praesertim cum sit agendum  
Propter egestatem linguae et rerum novitatem.”

Cum igitur in lucem proferre velim ideam exemplarem nostrae Universitatis, ante oculos mentis nostrae praesentia semper habenda nobis sunt illa verba regiae schedulae conditoriae huius Universitatis: “Academia erigatur omnium scientiarum qua Indorum Hispanorumque progenies in rebus ad catholicam fidem attinentibus et in aliis disciplinis erudiatur.”

Haec ergo est ratio essendi huius Universitatis: institutio omnium scientiarum in gratiam indigenarum et advenarum omnium, praesertim filiorum Hispanorum, qui postremi, ni fallor, iidem sunt qui hodie incolae et cives Americae Hispanae nuncupamur. Si alterutrum scopum neglexerimus, avitae traditioni nostroque officio infideles videbimur.

Universitas omnium scientiarum appellata fuit: id est omnis certae cognitionis de quacumque re intelligibili, quoniam, ut satis notum omnibus vobis arbitror, scientia significabat tunc temporis lingua nostra vernacula (lingua vero latina, qua modo utor, talem sensum semper retinuit) non solum experimentalem vel deductivam cognitionem a phaenomenibus naturae vel ab accidentibus materiae illatam, verum etiam, et maxime dicam, hanc cognitionem principalem (principem scilicet et principium) quam illi et nos philosophiam appellamus, quaeque in ultimis rationibus om-

lemnidad, es nuestro designio corroborar una vez más que las ideas plasmadoras de nuestra comunidad son la razón y el derecho.

Por otra parte, no he dejado de temer que ciertos vocablos escolásticos, disonantes de la pureza ciceroniana, puedan molestar los finos oídos de algunos entre vosotros. El recurso a ellos, con todo, lo tuve por necesario, ya que fue mi deseo exponer ante vosotros, lo más fielmente posible, la esencia y misión de la Universidad y de acuerdo con su evolución contemporánea. Por lo cual querría que no sólo fueseis indulgentes con mi ignorancia, sino que tuvieseis cuenta de la pobreza del latín clásico; pobreza reconocida por sus mayores escritores, a la cabeza de los cuales está Lucrecio, que autoriza como ningún otro la licencia de que hablo, al decir:

*“Hay que tratar muchas cosas con peregrinos vocablos,  
por el asunto tan nuevo y por la lengua tan pobre.”*

Con el deseo pues de poner de manifiesto la idea ejemplar de nuestra Universidad, pienso que debemos tener siempre presentes a nuestra atenta consideración aquellas palabras de la real cédula fundatoria de esta institución, en cuyos términos acordóse fundar “un estudio y Universidad de todas ciencias donde los naturales y los hijos de españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades”.

He ahí pues la razón de ser de esta Universidad, a saber: la enseñanza de todas las ciencias en beneficio de los nativos y de todos los que aquí llegaren, principalmente hijos de españoles, por los cuales hay que entender hoy, si no me engaño, los habitantes y ciudadanos de Hispanoamérica. Si descuidáramos atender a cualquiera de ambos fines (la universalidad en la docencia y la consideración de su destinatario), se nos vería como infieles a nuestra tradición ancestral no menos que a nuestro deber.

“Universidad de todas ciencias” fue llamada esta Casa: esto es, de todo conocimiento cierto de cualquier cosa inteligible, como quiera que, según sabéis suficientemente, “ciencia” significaba entonces en romance (en latín retuvo siempre tal sentido) no sólo el conocimiento empírico o deductivo inferido de los fenómenos de la naturaleza o de los accidentes de la materia, sino también, y aun diré que sobre todo, este otro conocimiento principal (por ser príncipe y principio de todos los otros) que tanto los hombres de aquel tiempo como nosotros llamamos filosofía, y que atañe

nium rerum perquirendis versatur, ab imo percurrens pectore usque ad supremam Causam totius universi. Quinimo omnis cognitio ut certa habenda est quacumque recta via hanc certitudinem nobis assequi valeamus. Haec ingens amplitudo fuit mentis animique maiorum nostrorum, nullam omnino metam ponentium nec obiecto nec viribus nec fontibus cognitionis. E plurimis causis, ex angustiis temporum, rarioribus itineribus, vel quacumque de causa, aliquando scientia Mexicanorum sub ditione hispanica iniqua nimis et coarctata forte videri potest, sed, quod plurimi est, mens illorum quam latissime omni afflatu cognitionis patebat. Nihil igitur mirandum quod tempore quo philosophia tanquam inanis cognitio aut ludus intellectus aestimabatur, tunc Mexicana Universitas in mortem labefacta videbatur, quo simultaneo eventu nobis innuitur hoc: et nomen et rem Universitatis ab universali cognitione nullo modo seiungi posse. Vitam ergo quam diuturnissimam exoptantes nostrae dilectae Universitati, ab omni interitu in successione temporum a nobis tuendae, nullam disciplinam excludamus quae per visibilia vel intellectum vel sensus animorum vel traditionem irrefragabilem ad adipiscendam veritatem aut ad fovendum bonum idonea sit.

Haec enim Mexicana Universitas, in illa anteacta plenitudine suorum temporum, cum ad omnes cognitionis provincias patefacta erat, veluti stella ductrix Novae Hispaniae universae fulgebat, adeo ut hinc vel illinc, usque ad extremos patriae fines, omnes cupiditates ulterioris doctrinae, hic vel illuc obortae, ad eam confluerent. Perspecta vobis est illa ardentissima optatio Sororis Ioannae Agnetis a Cruce in urbem veniendi: ipsa enim adhuc puellula in suo pauperrimo oppido, in nemorosa solitudine inclusa, cum aures eius fama Universitatis nostrae feriret, vehementissimo sapientiae studio flagrabat, matremque rogabat ut veste assumpta virili has aulas sibi adire liceret.

Quandiu hic amor intellectualis, quem quasi in archetypo in nostra Sorore Ioanna mirifice conspiciamus, inter nos vigebit, Aca-

a la investigación de las últimas razones de todas las cosas, desde la profundidad del yo hasta la Suprema Causa de todo el universo. Más aún, estimamos todo conocimiento como cierto, cualquiera que sea el camino recto por el que hayamos podido alcanzar la certeza propia de tal disciplina. Con esta dilatada amplitud daban curso a su inteligencia y a su ardimiento aquellos nuestros mayores, sin poner límite alguno en absoluto ni al objeto ni a las facultades ni a las fuentes del conocimiento. Por varias causas, ya fuese en razón de los azares y penurias de los tiempos, ya por la dificultad de las comunicaciones, o por otra circunstancia cualquiera, la cultura mexicana en la época colonial puede acaso parecer a veces un tanto desigual o limitada; pero, lo que más importa, la inteligencia de aquellos hombres estaba abierta sin reservas a recibir de donde fuese la inspiración del saber. No es de extrañar, en consecuencia, que en todo el tiempo en que la filosofía fue tenida por conocimiento inútil o pasatiempo intelectual, la Universidad de México haya sido herida de muerte, con cuyo sincronismo hemos de entender que tanto el nombre como la esencia de la Universidad son de todo punto inseparables del conocimiento en toda su universalidad. Si, por tanto, deseamos para nuestra querida Universidad una vida lo más larga posible; si hemos de defenderla de toda otra catástrofe en el devenir de los tiempos, no excluyamos de su enseñanza ninguna disciplina que con apoyo en los datos sensibles, o en la abstracción intelectual, o en la intuición interna, o en una tradición irrefragable, sea apta para alcanzar la verdad o promover el bien.

En aquella pasada plenitud de sus tiempos, cuando estuvo abierta a todas las provincias del saber, la Universidad de México, como estrella guiadora, irradió sobre toda Nueva España, a tal punto que de aquí y de allá, hasta los últimos confines de la patria, en ella desembocaba todo apetito de un saber más amplio, alumbrado en cualquier punto del territorio. Conocida es de todos vosotros aquella anécdota de Sor Juana Inés de la Cruz, quien siendo niña aún y relegada en su pobre pueblo, cautiva en la soledad de sus bosques, concibió deseo ardentísimo de venir a México en cuanto llegó a sus oídos la fama de la Universidad, con sólo lo cual, ardiendo en amor de sabiduría, rogaba insistentemente a su madre que la dejara venir a estas aulas, así fuese disfrazada de varón.

Mientras mantenga su vigor entre nosotros este amor intelectual, que percibimos maravillosamente en nuestra Sor Juana co-

demia Mexicana certo florebit; et dum scientia et doctrina propter seipsas expetentur, haec magna studiorum domus iure meritoque Aedes Minervae appellabitur. Quod si huic sciendi cupiditati appetitio quaedam principatus adiungitur (liceat mihi Tullianam hanc locutionem usurpare), non dubito quin haec appetitio, quae sane in iuvenibus nostris fovenda est, his ipsis vires ad munera publica obeunda suppetat, siquidem intellectus non ad parendum, sed ad imperandum videtur constitutus. At de appetitu quaestus ne ullam quidem mentionem faciendam censeo, quippe quod ut aliquid infra hominem positum, a vobis arbitror neglectum iri. Propria omnino est viri ingenui et optimis artibus ac disciplinis instructi, haec appetitio celsitudinis, qua iuvenes nostri imbuti, reipublicae aliquando praeesse possint eiusque gubernacula tenere, quoniam ordinem nostrum decet reipublicae esse firmamentum. Nimirum hic principatus a maximis humani generis philosophis, ut Platone et Aristotele, validissime nostro ordini postulatum fuit; quin etiam Universitatis idea speciem quandam habet imperii, iuxta illud Ioannis Henrici Newman: "Quod imperium in ordine politico, hoc prorsus Universitas videtur in orbe philosophiae et scientiarum. Ipsa enim est summa potestas, omnem cognitionem custodiens eamque in ordinem redigens."

Non de inani optatione loquor, sed huius hodie voti compotes sumus in nostro inclito Praeside Michaelae Alemán, qui cum alumnus nostrae studiorum domus quondam fuerit, nunc summam reipublicae ditionem tenet, atque omni cura et sollicitudine in amplificanda roborandaque Universitate laborat.

Sed quod maxime nostra interest, profecto est quam accurate servare ordinem educationis, ita ut primas semper tribuamus cupiditati sciendi propter scientiam ipsam adsciscendam, quamvis nullum commodum inde nobis oriatur. Haec est enim et semper fuit nostra aestimationum tabula: cognitionem primo et per se tanquam bonum intrinsecum intellectus iudicare; deinde eam habere ut organum seu potentiam quandam instrumentalem ad utilitatem hominum et commoda vitae comparanda. Haec etiam est illa ingenua et liberalis institutio, quam nostrae Universitati maxime exoptamus, quaeque talis est non quatenus exercitium supponit

mo en su arquetipo, no hay duda que ha de medrar con lozania la Universidad de México; y mientras la ciencia y el saber se persigan por sí mismos, esta grande Casa de Estudios será llamada con pleno derecho Casa de la Sabiduría. Y si a este deseo de saber se añade cierto apetito de excelencia (para servirme de una locución ciceroniana), este apetito, que no hay por qué dejar de fomentar en nuestros jóvenes, infundirá en éstos seguramente alientos para emprender mañana la gestión de los intereses públicos, toda vez que la inteligencia no nació para servir, sino para mandar. No he de hacer siquiera mención del afán de lucro, que habéis de despreciar como algo por debajo de la condición del hombre; pero en cambio, es del todo propio del varón liberal y adiestrado en las más altas disciplinas de la cultura este apetito de supremacía, que llevará algún día a nuestros estudiantes a los puestos directivos de la República, cuyo fundamento debe ser la clase intelectual. Por cierto que esta supremacía fue enérgicamente postulada para nuestra clase por los mayores filósofos de la humanidad, como Platón y Aristóteles; y más aún, la Idea misma de la Universidad tiene en sí un aire de imperio, según aquella expresión de John Henry Newman: "Lo que es el imperio en el orden político, eso mismo es la Universidad en el mundo de la filosofía y las ciencias. Ella es el poder soberano que protege y coordina todo saber."

No hablo en todo ello de una vana aspiración, sino que podemos decir hoy que ese voto se ha cumplido en la persona de nuestro ilustre Presidente don Miguel Alemán, ex alumno de esta Casa de Estudios y elevado hoy a la suprema magistratura del país, desde la cual atiende con todo empeño al engrandecimiento y consolidación de la Universidad.

Lo que, con todo, debe importarnos sobremanera, es mantener diligentemente la jerarquía en los fines de la educación, de suerte que tenga siempre la primacía el afán de saber por el saber mismo, aunque ninguna ventaja nos resulte de su consecución. Esta es y ha sido siempre nuestra tabla de valores: estimar el conocimiento ante todo y esencialmente como un bien intrínseco de la inteligencia, y sólo secundariamente ver en él un instrumento o poder auxiliar para ser empleado como un útil en la obtención de los bienes económicos de la vida humana. Esta es cabalmente aquella educación prócer y liberal que más que otra cosa alguna ambicionamos para nuestra Universidad; educación que es precisamente llamada liberal no por cuanto implica el ejercicio de

virium intellectualium (nam exercitium hoc etiam in mercatoribus invenitur) sed quatenus opponitur educationi servili, quae hominem sic instruit ut scientiam sapientiamque in servitutem potentiae vel pecuniae redigendam putet. Sic ergo Universitatem agnoscimus quasi seminarium virtutum intellectualium in quorum apice Sapientia sedet super artes et scientias particulares, et multo magis super omnem disciplinam practicam. Itaque cum optarem hodie hunc vobis amorem intellectualem seu studium sapientiae prae ceteris cupiditatibus commendare, orationem hanc ausus sum Athenagoricam nuncupare, id est in laudem Minervae, eo quod Sapientiae encomium ego eius humillimus servus meis verbis fingere cupiebam.

Sapientiam vero intellego non inanem eruditionem vel indigestum specierum acervum memoriae traditarum, sed mentis statum et intellectualem virtutem, omnium huiusmodi et moralium reginam, quae non minus in coordinandis omnibus scientiis, quam in primis principiis speculandis versatur, cum in ordine theoretico, tum in ordine practico, totam denique humanam vitam omniumque rerum naturam sub felici eius ditone mirabiliter imperans. Sapientiae cultus est mihi certissimum iter (obiter dicam) quo quaecumque Universitas, quae proprie loquendo in intellectuali disciplina continetur, ad vitam aestheticam et moralem hominis accedere potest, dum per intuitionem aestimativam universo aestimationum orbi applicatam, iuvenis aptus redditur, quantum magistro subiacet, ad bonum amplexandum pulchritudinemque perspicendam.

Sapientiam igitur summum bonum ducere oportet. Sed cum bonum sit, ut aiunt, maxime diffusivum sui, sapientia vestra, in hac arce praesidioque spiritus orta, ad omnes concives radios emittere necesse erit, ut illud grave munus, de quo superius dixi, studiose obeatis. Nam caritas quae nos semper erga omnes urget, maxime nos erga domesticos impellet, imprimisque erga eos qui cruciatibus aut egestate afficiuntur. Sic enim in omnibus maximis fastis huius Academiae, officium hoc in Carolinis litteris expressum, assidue ac strenue ab illustrissimis eius moderatoribus re-

las facultades intelectuales (hasta en los mercaderes encontramos tal ejercicio), sino por y en cuanto que se opone a la educación servil, que es a su vez llamada así en razón de que forma al hombre de tal suerte que lo lleve a rendir la ciencia y la sabiduría al servicio de la riqueza y del poder. Es así como vemos en la Universidad una especie de seminario de las virtudes intelectuales, en cuya cima tiene su asiento la sabiduría sobre las artes y ciencias particulares, y mucho más sobre toda disciplina práctica. Así pues, deseando hoy inculcaros, antes que toda otra ambición, este amor intelectual o apetito de sabiduría, atrevíme a llamar a esta oración "atenagórica", esto es, en alabanza de Atenea, diosa de la sabiduría, toda vez que quería yo, el último de sus siervos, hacer que mis palabras redundaran en su encomio.

He de decir además que no entiendo la sabiduría como erudición estéril o como indigesto acervo de conocimientos almacenados en la memoria, sino como estado de la inteligencia, como la virtud intelectual que señorea a todas las de su especie, como también a las virtudes morales; virtud que se emplea tanto en coordinar las conclusiones de las ciencias como en la intuición de los primeros principios, ya en el orden teórico, ya en el práctico, teniendo en fin bajo su apacible imperio, de manera maravillosa, toda la vida humana y toda la naturaleza. El culto de la sabiduría es para mí (lo diré de paso) el camino más cierto por el que toda Universidad, que de suyo no tiene que ver sino con el aprendizaje intelectual, pueda tener acceso a la vida estética y moral del hombre, en cuanto que por virtud de la intuición valorativa, aplicada a todo el mundo de los valores, se dispone el alumno, en lo que es posible a la influencia del maestro, para abrazar el bien y discernir la belleza.

Tengamos pues a la sabiduría por el sumo bien. Mas como el bien, a lo que se dice, tiende más que nada a difundir su energía, de ahí que vuestro saber, alumbrado en esta ciudadela y fortaleza del espíritu, habrá de irradiar a todos vuestros conciudadanos, cumpliendo así concienzudamente aquel grave deber de que antes os hablé. Si la benevolencia es sentimiento que nos instiga con respecto a todos los hombres, nos impele sobre todo hacia nuestros connacionales, y de éstos con preferencia en favor de aquellos afligidos por el dolor o la miseria. Y así, los más eminentes maestros de esta Universidad, en ocasión de sus mayores fastos, recordaron constante y vigorosamente ese mismo deber que ya estaba de manifiesto en la cédula de Carlos Quinto. Así lo

vocatum invenimus. Ita fecit Ioannes Baptista Balli, qui in sua celebri oratione in laudem iurisprudentiae, hoc ipso in loco saeculo decimosexto habita, Mexicanam Universitatem instauratam fuisse dicebat "ad Indorum miseriam ac paupertatem sublevandam, ad ipsorum infirmitatem imbecillitatemque erigendam". Ita etiam egit, et haud pridem, magnificus ille restaurator huiusce domus, magister Iustus Sierra, qui splendidae orationi suae finem dabat cum illa trementi evocatione deae sapientiae, populi huius sanguine concretae, et ad defendendam patriam accurrentis. Haec enim eadem *Athena Promachos* seu Minerva Bellatrix adest hodie nobis nosque memores iterum facit, hominem non sibi soli natum (ut verbis utar cuiusdam Platonis epistulae), sed patriae, sed suis, ita ut perexigua pars sibi ipsi relinquatur. Non tamen in primis ipsa pugnatrix dea de effusione sanguinis nos adloquitur (quamvis minime ignava), sed de hac incruenta et cotidiana pugna in laboribus vigiliisque acta, ad debellanda ea quae feliciori patriae adversantur. "Patriae scientiaeque amor salus populi est": hoc quod saepissime in aula magna legistis, vobis in mentem revocare volui.

Hanc bellatricem, sive, ut melius dicam, providentem Mineravam, veluti confictam spirantemque intuemur in hoc signo petreo quod hodie circumstamus. Ecce nos, quattuor post saecula, iterum coram te, Pater Alphonse a Vera Cruce, huius Mexicanae Universitatis summe magister ac conditor, lumen et decus nostrum; ecce nos hodie venimus ad nostrum gratum tibi animum obsequiumque deferendum. Patrem ergo optimum omni spirituali sensu rotundoque ore te conclamare lubet, quandoquidem nos ad vitam intellectus genuisti, quae est omnium maxima et vitalis vita. De te enim, sacrae simul atque profanae sapientiae doctor, qui omnium nostrorum institutorum longe felicissimus princeps fuisti, scriptum est: "Ingenuas artes primus transvexit ad Indos." Etenim ab ore tui magistri Francisci de Vitoria iuris gentium conditoris,

hizo Juan Bautista Balli, quien en su célebre "Oración en elogio de la jurisprudencia", pronunciada en esta ciudad en el siglo dieciséis, afirmaba que la Universidad de México había sido erigida "para subvenir a la miseria y pobreza de los indios, y levantar su condición postrada y menesterosa". Así también y no hace tanto tiempo, aquel magnífico restaurador de esta Casa de Estudios, el maestro Justo Sierra, al rematar su espléndido discurso con aquella estremecedora evocación de la diosa de la sabiduría, con sangre mexicana en sus venas y acudiendo presurosa en defensa de la patria. Esta misma *Athena Promachos* o sabiduría combativa, está aquí hoy ante nosotros para recordarnos una vez más que el hombre no ha nacido sólo para sí (según leemos en una carta de Platón), sino para la patria y los suyos, de tal suerte que apenas si puede reservarse una mínima parte de su ser. Ni pensemos que la sapiente diosa guerrera nos invite ante todo a derramar nuestra sangre en el campo de batalla (por más que la cobardía esté muy lejos de ella), sino a esta otra incruenta y cotidiana lucha que debemos pasar entre trabajos y desvelos para abatir todos los obstáculos que se oponen a una patria más feliz. No he querido, en suma, sino recordaros aquel lema: "*Patriae scientiaeque amor salus populi est*" (El amor de la patria y de la ciencia es la salud del pueblo), que tantas veces habréis leído en el Parainfo de la Universidad.

Esta sabiduría combativa, o providente por mejor decir, podemos contemplarla plasmada y palpitante en esta imagen pétrea, alrededor de la cual estamos hoy congregados. Después de cuatro siglos, henos aquí de nuevo ante ti, Padre Alonso de la Veracruz, luz y honor nuestro, maestro máximo y fundador de esta Universidad de México; henos aquí ante ti trayéndote el homenaje de nuestra gratitud. A boca llena y en todo el sentido espiritual del término, te aclamamos Padre, como quiera que nos engendraste a la vida de la inteligencia, que es de todas la vida superior y la que con acabada plenitud resume la esencia de la vida. De ti, en efecto, maestro de todo saber sagrado y profano, príncipe gloriosísimo de nuestros educadores, ha quedado consignado en la historia haber sido el primero en traer la cultura superior a los indios. Fuiste además entre nosotros artífice eximio de concordia y justicia, dotado maravillosamente como estabas de aquella admirable doctrina que es el único fundamento de una paz auténtica, y que como de vivo manantial recibiste de labios de tu maestro Francisco de Vitoria, fundador del derecho interna-

veluti a fonte fluente illam mirabilem doctrinam hausisti quae est unum et firmissimum germanae pacis fundamentum, quaque tu ipse mirifice praeditus concordiae iustitiaeque inter nos singularis artifex exstitisti. Summum praeterea exemplar semper nobis eris intellectualis vitae, quam ego hic olim docui; nam munera publica necnon dignitates plane respuisti, ut speculandae veritati tradendaeque doctrinae omnino libere vacares. Laetetur ergo Universitas nostra, quae tantum meruit in ipso suo ortu doctorem habere, et laetemur nos omnes hunc virum adspicientes a quo et humanitatem et prima nostrae civilitatis fundamenta suscepimus.

Novi lux orbis venuste appellatur Universitas nostra, hoc saeculari decurrente anno, in omnibus litteris eiusdem sigillo munitis. Et merito sane, quoniam non de vacuo nomine agitur, ne quidem de mero titulo historico, sed de pristina vocatione huius Academiae—in veteri Americae Septentrionalis capite erectae—quam tempora non mutaverunt quamque domum tantae dignitatis parem existimari necesse est. Nullam iacturam inde facientes tot insignibus Universitatibus quae in universa America sunt, nullum imperium intellectuale nobis arrogantes, utpote qui in labore investigandae veritatis omnes aequales sumus, quandam specialem curam tantum significare voluimus quae nobis maxime incumbit, in consortio omnium civium americanorum, ad effingendam culturam hanc americanam (denuo sit venia verbo) quam omnes nos in votis habemus, etsi in interpretatione horum vocum aliquantulum inter nos dissentire videamur. Hodie enim, ac multo magis audeo dicere quam in priscis temporibus Americae inventae, illud optatum magni momenti est, cum totus complexus artium, disciplinarum, institutionum, morum, legum, consuetudinum ceterorumque omnium quae humanitatem efficiunt, quem culturam nominamus, in magnum discrimen venerit post tot tamque lacrimabilia bella in universo veteri orbe exarsa. Atque non solum huius humanitatis servatrix America nostra exstitisse debet, verum etiam operam industriosissime dare ad nostram peculiarem civilitatem inveniendam, huic domicilio et immutabili essentiae hominis simul congruentem. Hunc ergo ingentem campum, vestris laboribus patefactum, confidenter adspicite, et omnem curam alacri animo impendite ut huius orbis lucernam, quam a maioribus vestris accepistis, per singulos dies notiores clarioresque faciatis.

Haec tandem exilis oratio, qua diuturnum silentium meum fregi ad honorandam te, Alma Parens ornatissima, quam impar splen-

cional. Por último, serás siempre para mí como el paradigma de la vida intelectual, objeto en otro tiempo de mi docencia en esta Facultad; vida que nos mostraste al rechazar resueltamente honores y dignidades para poder entregarte con absoluta libertad a la contemplación de la verdad y al magisterio del saber. Sea pues motivo de alegría para nuestra Universidad el haber tenido desde su mismo origen tan egregio maestro, y de esa alegría participemos todos al contemplar a este varón de quien recibimos la cultura y los primeros fundamentos de la educación superior.

“Luz del nuevo mundo” es el bello título que ha ostentado nuestra Universidad, a lo largo de este año conmemorativo, en sus documentos oficiales. Y con razón sin duda, porque no se trata de un nombre vano, ni siquiera de un mero título histórico, sino que encarna la vocación original de esta Universidad —erigida en la antigua capital de América Septentrional—, vocación que no han mudado los tiempos y a cuya altura debe siempre estar, consciente de tanta dignidad, esta Casa de Estudios. Con ese lema no quisimos por cierto hacer agravio a tantas ilustres Universidades esparcidas por toda América, ni arrogarnos ningún imperio intelectual (puesto que en la investigación de la verdad todos somos iguales), sino simplemente denotar la misión especial que nos incumbe, juntamente con los demás pueblos americanos, de crear esta cultura americana que todos deseamos por igual, por más que pueda haber ciertas diferencias entre nosotros en cuanto al sentido de dicha expresión. Hoy en efecto, y me atrevo a decir que mucho más que en aquellos antiguos tiempos del descubrimiento de América, ese ideal es de la mayor importancia, cuando después de tantas y tan lamentables guerras encendidas en el Viejo Mundo, ha venido a tan aguda crisis todo el conjunto de artes, conocimientos, instituciones, costumbres, leyes, hábitos de vida, y todo lo demás en general que constituye lo que llamamos cultura. Y no sólo debe ser nuestra América la salvadora de la cultura occidental, sino poner todo su empeño en encontrar la cultura específicamente nuestra, y que ha de responder tanto a la esencia inmutable del hombre como a las condiciones peculiares del Continente. Contemplad pues con optimismo el dilatado campo que se ofrece a vuestros trabajos, y con esforzado ánimo poned toda vuestra diligencia en hacer cada día más brillante y esplendorosa esta antorcha que de vuestros mayores recibisteis.

Bien comprendo cuán desproporcionada a tu gloria ha sido esta mezquina oración con que, rompiendo mi largo silencio, quise

dori tuo fuerit, certo scio. Sed si verba desunt, vota mea ferventissima respice: nam spero te studiis virisque in dies auctam fore, et me, iure quodam postliminii impetrato, in gremium tuum aliquando restitutum iri, measque desideratissimas cathedras philosophiae graecae et iuris internationalis, gratia tibi serviendi, adepturum. Nunc autem, dum longe a te tam gravi servitio obnoxius peregrinor, dum priori me vitae reddere ex hostili domicilio exopto, omnem virtutem meam et quodcumque sit in me ingenii ac doctrinae, ubicumque fuero, tibi voveo.

honrarte, amada y prestigiosa Universidad, movido de mi devoción filial. Si para ello me han faltado palabras, bien puedes ver en cambio la calurosa sinceridad de los votos que hago porque crezcas cada día en saber y en maestros. En lo que a mí concierne, atiende también al deseo que me anima de volver a tu seno algún día, favorecido de cierto derecho de postliminio, para servirte de nuevo en mis cátedras tan añoradas de filosofía griega y derecho internacional. Y por ahora, mientras peregrino lejos de ti, adscrito a graves deberes, y con la nostalgia que desde el extranjero siento por mi vida anterior, quede esta consagración que te hago, en cualquier parte donde estuviere, de todas mis energías y de lo que pudiere haber en mí de entendimiento y doctrina.

